

conocerán desde luego el gran partido que sacó el orador francés de la doctrina y de las formas que se encuentran en los lugares cuya lectura recomendamos.

Jóvenes levitas: cuando la Iglesia os encomiende el grave ministerio de la predicación, no apartéis vuestra vista de esos grandes modelos, ni echeis en olvido sus interesantes lecciones; y ahora no creais que, distraídos de nuestro objeto, en vez de lecciones de elocuencia, os damos consejos de piedad cristiana. ¡Ah! Nunca serian ajenos tales consejos de vuestra virtud ni de nuestro ministerio sacerdotal; pero aquí, no lo dudeis, son tambien preceptos del arte, porque si la piedad vale para todo, como ha dicho el Apóstol, sabed que nunca sereis buenos oradores si, como él mismo encargaba á Timoteo al enseñarle á predicar, no os ejercitais en la piedad: «*Exerce autem te ipsum ad pietatem (1).*» Muy pronto nos reemplazareis en la cátedra del Espíritu Santo; oid ántes los consejos de nuestra experiencia; el ministerio de la predicación es laborioso, laboriosísimo; nada, absolutamente nada hay en el mundo que pueda recompensar sus trabajos y fatigas. Predicad, os diré con San Juan Crisóstomo, segun la voluntad de Dios; «*ad Dei placitum:*» sólo así honrareis vuestro ministerio, conservando la serenidad del alma y la paz del corazón, sin cuyas condiciones no podreis ser elocuentes, y encontrareis la recompensa de vuestras fatigas y el mayor de los consuelos en el testimonio de vuestra conciencia: «*Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fuerit, se ad Dei placitum doctrinam concinnasse suam.*» Alentaos con la esperanza de aquella gloria imperecedera que está reservada al que HICIERE Y ENSEÑARE (2); y respecto á la que viene de los hombres... ¡ah! si nos fuera lícito hablar otro lenguaje después de la sublime doctrina que acabamos de exponer, os diríamos: ¿Buscáis la gloria? Pues habeis errado el camino; para encontrarla es preciso huir de ella; que la gloria, dice San Jerónimo, es como la sombra; escapa de quien la busca y sigue al que se aparta de ella: «*Quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui desserens, appetit contemptores...*»

(1) I ad Timot., iv, 6, 7, 8.

(2) San Math., v, 19.

## LECCION XI.

### De los asuntos sobre que debe versar la predicación.

El predicador que no procede con recta intencion, marcha á ciegas y yerra el camino desde los primeros pasos, eligiendo asuntos que halagan á sus oyentes y descuidando los que les serian útiles ó necesarios para su aprovechamiento espiritual. Quintiliano dice que el orador debe cuidar, ante todas cosas, de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga, como sucede á los más, de atender á la utilidad de la causa (1): el amor de la vanagloria enerva nuestra alma, segun el Crisóstomo, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio, en lugar de combatirlos: «*Et nos frigidè ac misere vestros affectus sequimur quos excindere oporteret.*» Somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas, en vez de medicinas amargas, pero saludables; y continúa diciendo: «*Hoc et nos facimus dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut prossimus; ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemur, non ut compungamur; ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus.*»

Tales predicadores se buscan á sí mismos, y no á Jesucristo: «*Quæ sua sunt quærun, non quæ sunt Jesu-christi (2).*» Pues el que, buscando á Jesucristo, quiera promover la gloria de Dios y la santificación de las almas, predicará la grandeza del Señor, sus perfecciones y divinos atributos, los misterios augustos de nuestra santa Religion, la Vida, Pasión y Muerte del Salvador; inculcará y fomentará en el ánimo de sus oyentes la esperanza de la gloria, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, y, descendiendo á la vida práctica, deducirá, como consecuencia de verdades tan fecundas y saludables, la necesidad de practicar la virtud y de huir del vicio (3); los dos polos sobre que debe girar la predicación evangélica, á juicio de San Ambrosio: «*Admone igitur plebem Domini,*

(1) Lib. xii, cap. ix, n. 1, tomo ii, pág. 395.

(2) Philip., ii, 21.

(3) Véase el Conc. Trid., ses. v, cap. ii, *De Reform.*—Concilio V Lateranense, ses. xi.—Labbé, xix, fol. 944. Venecia, 1732.

atque obsecra ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.» Tales son las materias sobre que ha de versar la predicacion evangélica, en sentir de los Santos Padres, quienes, consecuentes con los principios que enseñaban, predicaron siempre la doctrina cristiana, y no más que la doctrina cristiana.

Esto es un hecho. ¿Quereis convenceros de su verdad, jóvenes estudiosos? Si tratáramos de obras escritas en tiempos modernos, os diríamos: «Leed los índices;» mas respecto á los tratados de los Santos Padres, si os limitais á leer los índices, rara vez podreis conocer la doctrina que predicaron, y ménos hallarais los asuntos sobre que os proponeis predicar: el contenido de tan grandes composiciones no se puede reducir á indicaciones precisas; sus autores conocian á fondo los Libros Santos; habian meditado todo el sistema de nuestra divina Religion; hombres de espíritu vigoroso y de corazon ardiente, no solian ni quizá podrian concretar sus instrucciones á un punto determinado del dogma ó de la moral; penetraban y desentrañaban las verdades cristianas, y sus mútuas relaciones; pasaban insensiblemente de unas á otras materias, y sus discursos venian á ser amplos, profundos y elocuentes comentarios de los Libros Sagrados.

Conocian los Santos Padres la importancia, la dignidad y el fin de su ministerio, y hubieran considerado como una traicion á Dios y á los hombres el olvidarse de la gloria del Señor ó de la salud y santificacion de las almas; jamás ocultaban á los fieles, aunque les desagradase, las austeras verdades del Cristianismo. Nos limitamos á recordar un pasaje de San Juan Crisóstomo, que es una excelente leccion especulativa y práctica. Predicó el Santo Doctor contra los que comulgaban indignamente; algunos de sus oyentes encontraron dura la doctrina, y sus quejas llegaron á oídos del Santo; quien, la primera vez que volvió á hablarles, insistió, con delicadas precauciones sí, pero con el mismo vigor, en la doctrina que pocos dias antes habia agriado el ánimo de los descontentos, y se extendió á exponer la gravísima obligacion que tiene el predicador de anunciar la doctrina severa de la Religion, y las funestísimas consecuencias que trae al pueblo y al orador mismo su debilidad y cobardía cuando, por no desagradar, rebaja su ministerio; pues le deprime sin duda quien no le desempeña con la noble franqueza y santa libertad que cumplen á los en-

viados de Dios. «Nosotros, decia, no somos legisladores, ni es nuestra la doctrina que enseñamos: ministros de Dios, hemos recibido del cielo las cartas que debemos comunicar al pueblo; si leemos lo que no está escrito en ellas, ó le ocultamos lo que las mismas contienen, hacemos traicion á nuestro ministerio y arriesgamos la salvacion de los fieles y la nuestra propia.» «Moneam me, non à me ipso latis leges exponere sed de cælo delatas litteras legere, ac proinde necessarium esse... aut quæ continentur illis confidenter ac libere cuncta dicam, et utilitatem ubique non voluptatem quæram auditorum, aut eorumdem reformidem, et hoc intempestivo beneficio salutem meam simul et illorum prodam.» Una imitacion de este pasaje mereció á Bossuet fundados elogios.

Dos cosas, pues, llamarán la atencion del joven orador que lea asiduamente las obras predicables de los Santos Padres; el buen sentido que les guiaba siempre en la eleccion de las materias sobre que versan sus discursos, y la noble independencia y santa libertad con que anunciaban las saludables y aterradoras verdades del Evangelio. Pero esto no basta; preciso es que fijen además su atencion en el método con que predicaban aquellos maestros del arte cristiano: no trataban las verdades de la Religion aisladamente y como por incidencia, no; lo hacian de una manera amplia y ordenada, lo cual es de suma importancia para el buen éxito de la predicacion. «Quien hoy predique de la limosna, dice el Crisóstomo, mañana de la oracion, otro dia de la misericordia y otro de la modestia, pero saltando sin discrecion de uno á otro asunto, difícilmente logrará que sus instrucciones se arraiguen en el ánimo de los oyentes.» «Nihil horum in auditorum animis perficere recte poterit, ab hoc ad illud, rursus ab illo semper alio transiliens.» «El predicador, añade, debe imitar á los maestros de escuela, quienes no enseñan á los niños á formar sílabas sino después de haberles hecho conocer bien las letras.» «Non prius ad syllabus adducunt pueros, quam elementorum cognitionem in eis viderint recte confirmatam.» Por manera que, como decia San Ambrosio, nuestros discursos deben formar una serie ordenada de instrucciones: «Præceptorum seriem formare debemus.» Esta era la teoría de los Padres, y este era el método que ellos seguian: ilustraban á los infieles, enseñaban á los catecúmenos, instruian á los neófitos y explicaban á todos los fieles,

cláusula por cláusula, los libros del Nuevo y del Antiguo Testamento. ¡Oh cuán copiosos y saludables frutos produciría nuestra predicación si restaurásemos el método racional y sólido que siguieron los oradores clásicos de la antigüedad cristiana! ¡Si explicásemos la Religión desenvolviendo á la vista del pueblo fiel su divino sistema, haciéndole percibir sus armonías y sus dulzuras! Cierto es que todos los oradores no tienen la oportunidad de hacerlo así; pero la tienen en gran parte los que, como los cuaresmales ó predicadores del Mes de Mayo, tienen el púlpito á su disposición por espacio de muchos días; y sobre todo los párrocos pueden y deben seguir el método que señalamos. No pudiéndonos extender más sobre esta importante materia, recomendamos á los jóvenes la lectura de lo que sobre ella han escrito Fenelon en su tercer diálogo de la elocuencia, y Fleury en su *Tratado de la predicación*.

Cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre el orador, siempre debe elegir materias proporcionadas á la inteligencia y capacidad de sus oyentes, y acomodadas á sus necesidades. No desconocieron los Santos Padres la dificultad del acierto en esa elección, cuando se predica á grandes concursos compuestos de individuos de índole muy diferente, cuyas necesidades son diversas, y entre los cuales, dice San Gregorio, los hay dominados por vicios opuestos, siendo de temer que dañe á unos lo que aproveche á otros, si el predicador no procede con suma discreción y exquisita prudencia: «Ut inter passionem medias uno quidem ductu transeat, sed more bicipitis gladii tumores cogitationum carnalium ex diverso latere incidat, quatenus sic superbis predicetur humilitas, ut tamen timidus non augeatur metus.» Nada puede ayudar tanto para vencer tamañas dificultades y evitar escollos tan peligrosos, como la caridad: paciente y benigna (1), guiará á los que la posean con seguridad y acierto en tan difícil empresa, y les hará ser todo para todos, como el Apóstol (2). ¿Qué es sino el amor lo que inspira á las madres la seguridad y el acierto con que remedian las necesidades de sus hijos, párvulos ó adultos, sanos ó enfermos? Por esto San Agustín decía

(1) I ad Corinthios, XIII, 4.

(2) I ad Corinthios, IX, 22.

al dispensador de la divina palabra: AMA, Y DÍ LO QUE QUIERAS. «Ama, et dic quod voles.» San Gregorio Magno explica, con un bello símil, cuál ha de ser el estudio con que el orador cristiano debe predicar una sola doctrina, pero de varios modos y maneras, según la diversa condición de sus oyentes. Son éstos, dice, como un instrumento músico, y para que resulte armonía es necesario pulsar las cuerdas con un mismo plectro, pero no de un mismo modo. «Quid enim sunt intentæ mentes auditorum nisi... quædam in cithara tensiones strætæ chordarum? Quas tangendi artifex, ut non sibi metipsi, dissimile canticum faciat, dissimiliter pulsat... Unde et doctor quisque ut in una cunctos virtute charitatis ædificet, ex una doctrina, non una eademque exhortatione tangere corda audientium debet.»

No es tan difícil ni delicada la tarea del predicador cuando se dirige exclusivamente á clases determinadas; por ejemplo, á ordenandos, ó eclesiásticos, ó religiosas; á militares, á hombres sólo, ó únicamente á mujeres, ó bien á cristianos que se dedican en particular al ejercicio de algunas virtudes, como los socios de las Conferencias de San Vicente de Paul. Este género de instrucciones especiales es muy antiguo en la Iglesia; los Santos Padres lo practicaron, y esto bastaría para hacerle recomendable, aun cuando por otra parte no le abonaran razones de gran peso.

Algunos predicadores se ocupan en asuntos que, al parecer, no tienen relación con su auditorio, condenando errores y reprendiendo vicios de que visiblemente están exentos los oyentes: esto unas veces es inoportuno y aun injurioso para el auditorio; pero en ocasiones, no sólo es oportuno y conveniente, sino necesario, pues todo pende del buen juicio del orador, del fin que se propone y de la manera con que se expresa: observemos la conducta de los Padres, y sus ejemplos nos servirán más que sus preceptos. San Juan Crisóstomo y San Agustín predicaron á menudo contra errores y vicios de que estaban exentos sus oyentes; por ejemplo, se lamentaban de la conducta de los cristianos que no asistían á oír la predicación; lloraban por los que no veían presentes, reprendiendo esta negligencia con celo fervoroso; esto á primera vista podría parecer una gran inoportunidad. ¿A quién se dirigían aquellas instrucciones, que los presentes no habían menester, y los ausentes no podían oír?

¿Qué objeto se proponían los Santos Doctores? Ellos mismos lo dicen: confirmar en su devoción de oír la palabra divina á los presentes; evitar que se contagiassen con los malos ejemplos de los ausentes, y ser tambien útiles á éstos, á quienes deseaban y esperaban que llegasen sus instrucciones por conducto de los presentes, como se lo encargaban y recomendaban con grande eficacia. «*Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra.*» decia San Agustin.

Aunque la predicacion evangélica ha de versar sobre la doctrina cristiana, nótese que dentro de esa doctrina hay verdades cuya explicacion no siempre es conveniente en el púlpito. Existe, dice San Agustin, una gran diferencia entre el que escribe un libro y el que predica: aquél puede extenderse cuanto quiera para tratar las cuestiones árdas y facilitar su inteligencia: mas el que predica no suele tener esa oportunidad, y debe por lo mismo abstenerse de predicar verdades de difícil inteligencia: «*Quæ in populi audientiam vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt.*» A este género de verdades, que pueden turbar á los fieles poco instruidos ó de tardo ingenio, pertenecen algunas de las relacionadas con la doctrina de la predestinacion y de la gracia. El mismo San Agustin propone tres reglas sobre el particular: los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en error, debe predicarse la verdad con toda claridad: «*Ne fortè cum tacetur propter eos qui capere non possunt, non solum veritate fraudulentur, verum etiam falsitate capiantur.*» Pero en estos casos se procurará exponer la sana doctrina de tal manera, que sea como leche para los párvulos y como alimento sólido para los adultos: «*Et parvulis lac, et grandibus esca sit.*» Tenemos que limitarnos á indicar estos principios y aconsejar á nuestros jóvenes escolares que lean el tratado DEL DON DE LA PERSEVERANCIA, donde San Agustin los explica ámpliamente, y los aplica á la práctica con interesantes ejemplos.

Es tan firme nuestra creencia de que el éxito del discurso depende en gran parte de la acertada eleccion de la materia, que no tememos se nos tache de difusos; sentimos, por el contrario, no podernos extender más. Terminaremos recomendando encarecidamente á los jóvenes

que lean las cartas de San Pablo, y muy especialmente las que escribió á Tito y Timoteo; el Apóstol ha consignado específicamente los asuntos que deben ser el objeto de la predicacion cristiana y las diversas maneras con que el predicador ha de hablar á los fieles, atendiendo á las circunstancias de los mismos. Unidad de doctrina, «*prædica verbum,*» variedad en su aplicacion, «*insta opportunè, importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina*» (1).»

## LECCION XII.

**La doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios.**

No basta predicar verdades cristianas; es preciso predicarlas como palabra de Dios, y no como doctrina del hombre. Entre las verdades reveladas hay algunas, dice Santo Tomás, que pueden ser conocidas por la razon; aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fé. La moral del Evangelio es la ley natural ennoblecida y sancionada por Jesucristo, cuya gracia sobrenatural facilita su cumplimiento (2). De donde se infiere que es posible arreglar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades formen parte de la revelacion divina; pero que al mismo tiempo sea un discurso humano, ya porque las verdades en él contenidas se hayan conocido sólo por la razon, y ya porque la forma con que se presentan sea enteramente humana: composiciones de este género pueden ser de mérito, útiles y muy laudables en tratados puramente científicos; pero serian inoportunas, perjudiciales y dignas de severa reprension en los lábios del predicador del Evangelio; porque en ello manifestaria que habia preferido beber las aguas estadzizas á las fuentes purísimas de la revelacion divina.

Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la Religion, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual ella es en sí misma. La religion cristiana está en relacion con el entendimiento y con el corazon del hombre; contiene

(1) II ad Timoth., iv, 2.

(2) Pars 1.<sup>a</sup>, art. 1, 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, qq. 94 y 106.